

EDITORIAL

LOS NIÑOS CANARIOS (1907) O EL PUNTO DE PARTIDA DE LA PAIDEIA EN NUESTRO ARCHIPIÉLAGO

J. Hernández

Presidente de la Sociedad Canaria de Historia de la Medicina

De niño me llamó la atención una expresión que mi madre empleaba con cierta frecuencia y también sus amigas, todas en edad de criar; mi sorpresa procedía de la naturalidad con la que hablaban de algo que para mí era, en aquel momento, ininteligible: *La Gota de Leche*. A veces me pedía que la acompañase a *La Gota de Leche* y ciertamente, me arrepiento ahora de no haberle preguntado qué era aquello. Quizá, en mi ingenuidad, no fuera capaz de captar el sentido metafórico de aquellos términos o, tal vez, queriendo rechazar mi propia infancia, por la que atravesaba en aquella época, me contestaba con una respuesta del todo insuficiente: «será algo para niños pequeñitos». En fin, tuve que hacerme médico para darme cuenta del significado de *Las Gotas de Leche*, pero tengo que confesar que, debido a la pediatría «científica» que estudié, tampoco se habló mucho de semejantes instituciones de principios del siglo pasado.

Y ha sido ahora, al disfrutar estudiando el contexto histórico de todo un clásico de la pediatría, que está a punto de cumplir los cien años, cuando me he apercibido de la capital importancia de aquellas *Gotas de Leche*. En efecto, en el mismo año en el que fue tirado a la imprenta *Los niños canarios*, se inauguraba en Barcelona un Servicio Lácteo Infantil (*Gota de Leche*) y tenía lugar en Bruselas el II Congreso Internacional de *Las Gotas de Leche*. Estos eventos suponían el desarrollo culminante de una importante solicitud por la atención a la infancia en general y al niño y/o infante en particular. En este marco, crucial para la Historia de la Medicina, nuestro Doctor Guigou escribe dicho libro.

Desde que el 10 de noviembre de 1487 salió de la imprenta en Padua el primer tratado dedicado ex-

clusivamente a la Pediatría, *De infantium aegritudinibus et remediis* de Paolo Bagellardo (+ 1492), esta disciplina ha sufrido diversos avatares. Hasta bien entrado el siglo XVIII, no existió un interés real por los niños como tales. Es verdad que los médicos ya se ocupaban de ellos, pero, evidentemente, no de todos; eran atendidos aquellos niños cuyos padres eran pudientes. Hasta hace bien poco la Medicina ha sido individual, plutocrática, de y para ricos. Sin embargo, los ideales de la Ilustración llegaron también a esa Medicina pudiente y provocaron paulatinamente un importante cambio ideológico. De una parte, la intención de una asistencia sanitaria a todos, pobres o ricos, hombres o mujeres y por ende, también a los niños. De otra, el Siglo de las Luces vino a recuperar un concepto mucho más práctico, más pegado al terreno, de la higiene, en cuanto ciencia de la promoción de la salud y de la prevención de la enfermedad. Junto a esto, los médicos tomaron conciencia del valor de los niños no sólo en sí mismos, sino también para el progreso de la propia sociedad. Pasaron unos buenos años, hasta que la Medicina comenzó a sectorizarse y brotó con fuerza el especialismo médico y, finalmente, la pediatría se desgajó de la obstetricia-ginecología. Todos estos factores hicieron mella en la morbimortalidad infantil, cuyas tasas descendieron sensiblemente, convirtiendo aquella cínica frase de Michel de Montaigne, *la infancia es una enfermedad*, en un mero verso suelto de tiempos obsoletos.

Ahora bien, la humanidad debía ascender un último escalón fundamental, pues los saberes médicos, en este caso pediátricos, apenas llegaban a las madres, iletradas en su mayoría. Por eso, a lo largo del siglo XIX comienzan a surgir libritos, manua-

les, prontuarios de medicina doméstica. Y también le tocó a la pediatría. Y es aquí cuando llegamos a *Los niños canarios. Ensayo de Higiene Regional Infantil. Consagrado especialmente a las madres de familia* (1907). Líneas más arriba adjetivé este libro con el epíteto de clásico; y no me arrepiento. Clásico es un término de procedencia griega que no quiere decir otra cosa que perenne, que no pasa, que mantiene su vigencia. Y es verdad que abusamos de este término: llamamos clásicas a muchas cosas que llegaron a serlo pero que, desgraciadamente, ya se han quedado anticuadas. Sin embargo, esto no ocurre con *Los niños canarios*. Puedo decir que es de total actualidad. No he encontrado nada en el libro que hoy no sea aplicable. Algún sabihondo me replicará que Don Diego considera que las incubadoras son innecesarias debido al buen clima de Canarias; sin embargo, si él se metiera en el pellejo de Guigou en 1907 también, de seguro, diría lo mismo. Es verdad que condena la chupa; pues bien, yo me crié sin chupa y aquí estoy.

Los niños canarios es uno de los mejores libros que se han escrito sobre Higiene infantil, pues consigue reunir en él una divulgación científica seria, en nada populachera, con muchas citas de insignes pediatras, y lo que es más importante, con un sinfín de ejemplos prácticos que hacen que la doctrina se fije mejor en la mente del lector. Finalmente, el texto se dirige a las madres canarias, pues bien sabe nuestro autor que las peculiaridades de nuestro Archipiélago, geográficas, climáticas, alimentarias, etc., hacen que la pediatría o mejor dicho, la puericultura deba ejercerse aquí de otra forma distinta a la propia de naciones como el Reino Unido, Francia o Alemania.

Merece la pena mencionar siquiera la columna vertebral del libro, esto es, sus capítulos: I. Gestación; II. El recién-nacido; III. El recién-nacido (continuación); IV. Niños prematuros y niños débiles;

V. El llanto de los niños; VI. Lactancia; VII. Lactancia materna; VIII. Lactancia materna (continuación); IX. Lactancia mixta; X. Lactancia mercenaria; XI. Lactancia artificial por leches condensadas; XII. Despecho; XIV. Dentición; XV. La segunda infancia; y XVI. Educación intelectual y física.

Se ve de esta forma muy bien su estructura. Quisiera insistir en relación a ésta en dos aspectos: primero, el incalculable mérito y la gran experiencia pediátrica de su autor, que hacen que el primer capítulo esté dedicado a la gestación y segundo, su tajante condena de la lactancia artificial. Y huelga decir que estos dos importantísimos puntos poseen una rabiosa vigencia.

Terminaré dedicando unas palabras al último capítulo, para mí el más importante: *La educación intelectual y física*; es aquí donde Guigou defiende la necesidad de la educación integral del niño para su completo desarrollo. Este concepto, de vital trascendencia, no puede ser abarcado con el significado tradicional de puericultura. Don Diego va mucho más allá, está pensando en aquella noción griega capital: la *paideia*. El término griego no tiene una traducción castellana exacta. Debemos de utilizar para aproximarnos a ella la expresión alemana: *Bildung*; algo así como formación. Pero se trata de una formación completiva que permita al niño un régimen de vida omnicompreensivo que afecte no sólo a su salud, sino a su formación física, intelectual y moral. Mi buen amigo Raúl Trujillo ha plasmado con inestimable acierto estas ideas en su libro *Pediatría y Paideia* (2006).

Desde el altozano que me proporciona la Historia de la Medicina, me atrevería a susurrar al oído de todos los pediatras canarios mi profundo anhelo: que pongan en práctica y culminen lo incoado por Guigou en *Los niños canarios*, en ese punto de partida de la *paideia* en nuestro Archipiélago.